



Persona, Sociedad y Cultura

Fernanda Llergo Bay

Rectora General

Universidad Panamericana / IPADE

fllergo@up.edu.mx

Persona, Sociedad y Cultura

Autora: **Fernanda Llergo Bay**
Rectora General
Universidad Panamericana / IPADE

El presente texto corresponde a la participación que la Dra. Fernando Llergo Bay, Rectora General de la Universidad Panamericana y el IPADE, pronunció a propósito de la inauguración del Seminario Permanente “Persona sociedad y cultura”, organizado por el Instituto de Humanidades en el campus Aguascalientes de nuestra Universidad e iniciado en el primer semestre de este año. Con la autorización de su autora, lo incluimos en éste, nuestro primer número, porque ilustra con claridad el espíritu que anima nuestra publicación. Se han realizado algunas ediciones menores con el propósito de adaptar el escrito a este medio.

Qué alegría dar inicio a este encuentro, sean todos muy bienvenidos a la primera sesión de un seminario de primer nivel.

Muchas gracias y sinceras felicitaciones al Instituto de Humanidades del Campus Aguascalientes por esta iniciativa y este aporte a la Universidad Panamericana. Gracias por idear este *hub* de ideas sobre la cultura del encuentro y del diálogo posible.

Gracias por hacer fabricar este espacio que nutre más a la Universidad en su llamado a ser auténticamente *universitas*: una casa de acogida a las distintas perspectivas. Nuestro agradecimiento, también, por ayudarnos a revalorar nuestra identidad institucional para, desde ahí, seguir contribuyendo al debate público, con argumentos fundamentados.

Es sobresaliente que, como resultado del esmerado y atento diseño del programa y de las oportunidades que nos da el formato online, hoy estemos reunidos desde distintas ciudades, para conversar con algunos ponentes destacados en estos temas que abordaremos. ¡Enhorabuena!

Nos congrega el deseo de comprender mejor la actualidad, de escucharla y sentirla para contribuir, desde nuestros ámbitos, a la cultura del encuentro, del diálogo y de la fraternidad. No es posible amar lo que no se conoce y en la Universidad Panamericana, inspirados por san Josemaría, queremos amar apasionadamente al mundo.

Estamos en este mundo, el del 2021, al arranque de la segunda década de un siglo, e inmersos en lo que muchos consideran un cambio de época. Este momento histórico y sus desafíos son, precisamente, los que nos ilusionan: éste es nuestro tiempo y éstas, nuestras circunstancias. Estamos reunidos para explorar, juntos, las oportunidades de expandir los cauces que queremos dar a nuestra voz.

Este reto se vuelve todavía más desafiante porque entendemos bien que deseamos expresarnos con clara amabilidad en un contexto de intensa sensibilidad, donde conceptos como *tolerancia*, *derechos e igualdad* se han desdibujado al grado de pretender erigirse como sinónimos de todas virtudes sociales y desprestigiar, de antemano, todo lo que parezca contradecirlos.

Nuestros jóvenes encuentran en los medios y redes sociales más populares, un torrente de información cerrado. Un círculo que gira en torno a sí mismo y que repite y replica, una y otra vez, una visión imperante de la vida que el imaginario colectivo, la opinión pública, y lo políticamente correcto se esmeran en estandarizar.

Está claro que, en el debate público, perspectivas tamizadas e ideologizadas permean el tratamiento de los temas favoritos de la agenda mediática. Cuestiones tan centrales como el feminismo, la natalidad o la sexualidad son tratados sin la profundidad necesaria.

Paradójicamente, en este ambiente de proclamada flexibilidad y tolerancia, se reprueba y rechaza, muchas veces de manera violenta, cualquier tipo de cuestionamiento. La argumentación, entonces, muere en el intento, porque se acalla de antemano, como si la razón fuera algo anticuado.

En este escenario, nadie tiene el guión perfecto de cómo obrar. No existe un manual exhaustivo de respuestas a preguntas álgidas y, sobre todo, los riesgos de tomar postura son muy altos, por lo que –por miedo o prudencia– podríamos caer en la tentación de hacernos a un lado, quedarnos callados y conceder.

Esto sería menospreciar nuestra misión, de “Educar personas que busquen la verdad y se comprometan con ella”¹ y, además, sería traicionar a nuestros alumnos, a quienes nos debemos y quienes esperan que les acompañemos en el discernimiento de lo que viven.

Por otro lado, somos una *universitas*, un lugar de encuentro de posturas y saberes, y asumimos como propia la tarea de promover el diálogo y participar del debate público. Como plantea

San Josemaría en una cita ampliamente conocida: “*La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres.*”²

1. VVAA, *La filosofía educativa de la Universidad Panamericana. Exigencia académica, Excelencia humana* (Ciudad de México: Universidad Panamericana, 2018), 57. Disponible en: https://servicios.up.edu.mx/front/fil_edu.pdf

2 Universidad de Navarra, *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad* (Madrid: EUNSA, 1993), 106.

Por eso, desde nuestro rol, debemos esforzarnos por franquear las barreras que dificultan el entendimiento entre las personas. De ahí la ilusión con la cual queremos participar en ese conversatorio complejo y tantas veces espinoso: queremos dialogar, aprender del otro y compartir también nuestra visión; la del humanismo cristiano. Y la única manera de conseguirlo es con valentía y seguridad.

Valentía, que no es lo mismo que temeridad o el ir a decirlo todo porque sí, donde sea y cómo sea, sin tacto ni prudencia y, al contrario, con soberbia. Valentía, más bien, entendida como una actitud comprometida que marque nuestras acciones diarias y nos mueva a buscar proactivamente espacios en ciertas clases, acoger dudas, dar nuestra postura cuando es el momento oportuno y aclarando cuanto nos sea posible.

Y también, decía, necesitamos seguridad: para poder alzar nuestra voz tenemos que saber bien por qué decimos lo que decimos, qué sustenta nuestras convicciones y cuáles son las consecuencias existenciales de creer lo que creemos.

Ése es precisamente el propósito institucional al que abonará este Seminario Permanente tan cuidadosamente orquestado por el Instituto de Humanidades de Aguascalientes. Cada sesión se presenta como una ocasión valiosa de conocer las perspectivas y argumentos de personas brillantes que nos ayudarán a fundamentar mejor nuestro propio pensamiento.

En ese sentido –si bien felicito a quienes están aquí conectados, por su interés en el tema y por su inversión de tiempo en esto–, hemos de prever que, en realidad, el verdadero trabajo comienza a partir de estas sesiones de cada jueves. La transformación de la cultura está después, en la revolución silenciosa, en las meditadas raíces que hemos de ir gestando poco a poco en nuestros adentros, para poder llevar estos fundamentos a la investigación que realizamos y al encuentro docente con los alumnos.

Sepan que, para la Universidad, lo que sucede y se habla en el aula, y lo que se comparte en las redes sociales, es hoy tanto o más importante que lo que difunden los medios. Hoy comprendemos que en las aulas está el mundo entero, con sus distintas posturas.

Ahí está el riesgo, pero también la oportunidad. En el aula, online o presencial, están las imprecisiones que podremos ir aclarando, los diálogos que podemos enriquecer, los puentes que es posible tender y la escucha atenta y cordial que queremos vivir.

En este punto, me interesa matizar y afinar cuanto he dicho: me he enfocado mucho en el *qué*, en nuestro compromiso por la verdad y nuestro deber de compartir nuestra visión, pero ahora quiero

compartirles algunas sugerencias del *cómo* hacerlo, que en estos temas es casi tan fundamental como el *qué* mismo:

1. En primer lugar, es importante cultivar la prudencia. No callemos, pues concedemos; pero tampoco seamos temerarios, porque podríamos hacer daño a los demás y a los ideales que nos animan.
2. Segundo: desarrollemos el arte de escuchar. Así como a veces sentimos que no nos escuchan, que rechazan lo que decimos o que incluso antes de hablar ya cargamos una etiqueta, nosotros podríamos también caer en estas mismas actitudes. Vale la pena que nos esforcemos, de verdad, por evitar esta sordera que, al silenciar al otro, lo menosprecia y anula.

Durante la escucha no busquemos de antemano el error, más bien atendamos a lo que el otro está diciendo. Si lo hacemos, podremos ver la validez, total o parcial del planteamiento; podremos detectar la ilusión que subyace o el ideal que mueve al joven a pensar como piensa, podremos alimentar nuestra propia postura y corregir lo que haya que corregir. Recordemos que el diálogo constructivo es aquel que se articula con base en los puntos en común

3. En tercer lugar, tengamos en cuenta que nuestra labor no es convencer, sino sensibilizar, abrir perspectivas, mostrar nuestra visión y despertar el interés. Somos acompañantes, pero el convencimiento y la transformación son responsabilidad de cada uno. Recordemos que educamos por y desde la libertad.

4. En cuarto lugar, procuremos expresarnos en positivo, evitemos hablar en un tono quejoso y negativo. Con nuestros alumnos, que son centennials o millennials, por ejemplo; en lugar de hablar de la superficialidad o pérdida de valores, hablemos la maravilla intelectual que suponen la búsqueda de la verdad y el ejercicio de la libertad. Si nos adecuamos a ellos, aseguraremos la cercanía que abre los horizontes del diálogo y la confianza. Dicho en positivo: ¡podremos conectar! En este sentido, recordemos que mucho más logra la *auctoritas* que la *potestas*.

Seamos, pues, para nuestros alumnos, antorchas que iluminen y en ningún caso dedos que acusan y reclaman.

5. Finalmente, volvamos siempre al trasfondo de todo, a la razón de nuestra vocación universitaria. Recordemos estas palabras, también de Josemaría: en cada persona bulle la sangre de Cristo¹. Ese es el

3. Expresión utilizada por San Josemaría Escrivá de Balaguer en numerosas ocasiones, como se explica en Antonio Aranda, *El bullir de la sangre de Cristo* (Madrid: Rialp, 2000).

lado luminoso, ilusionante y esperanzador. Cada persona es un fin en sí mismo, un tesoro, con ideales que lo animan. Como planteaba Aristóteles; nadie busca el mal por sí mismo, sino que hacemos lo que hacemos persiguiendo un bien y creemos lo que creemos porque pensamos que allí hay algo de bien, virtud y belleza.

Dicho de forma clara, recordemos que el error no es ruindad. Por ello, no juzguemos o incriminemos. Vibremos siempre con esta frase atribuida a santa Teresa de Calcuta: *Si juzgas a las personas, no tienes tiempo de amarlas*. Amar es siempre lo mejor. Hagamos, pues, cultura, diálogo, comprensión y amor.

Termino con una reflexión: en una entrevista definí a los líderes como personas con compromiso, ejemplaridad, afán de servicio, pasión por lo que hacen y honestidad. Ahora bien, si pienso en nuestra comunidad universitaria, pienso en exactamente esas mismas cualidades: los buenos profesores e investigadores cuentan con compromiso, ejemplaridad, afán de servicio, pasión por lo que hacen y honestidad.

Por todo, ustedes, profesores, están llamados a ser líderes, testimonios de vida y ejemplos que buscan y pueden influir positivamente en el mundo y en la época concreta que nos toca vivir.

Ustedes y yo, *nosotros*, podemos cambiar la cultura desde nuestro ámbito de acción y para ello necesitamos, reitero, valentía y seguridad.

Muchas gracias.